

# LÁGRIMAS SONORAS

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 28

# LÁGRIMAS SONORAS

*por*

Rebeca Mata

*F*ICTICIA  
MÉXICO  
2011

## LÁGRIMAS SONORAS

D.R. ©Rebeca Mata

D.R. ©Ficticia S. de R.L. de C.V.

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

POR FICTICIA EDITORIAL:

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Foto de la autora y cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor.

ISBN: 978-607-7693-34-5

Impreso y hecho en México

Edición: mayo de 2011

# CONTENIDO

LA CONDENACIÓN DE WAGNER.....	9
PLAGIO.....	11
GOLPE INESPERADO.....	19
UNA CURA DE CABALLO.....	25
EL REY DE LAS FACTURAS.....	29
GRAN PAUSA.....	33
LA ASAMBLEA.....	39
LA VIRGEN DE LA SALUD.....	45
EL ARREBATO.....	51
CUESTIÓN DE DOS.....	57
UN RETIRO FORZOSO.....	61
ROMANCE COMBUSTIBLE.....	65
VÓRTICE.....	71
BOLETO SENCILLO.....	73
VAMPIRISMO.....	79
MALENA.....	81

# LA CONDENACIÓN DE WAGNER

Wagner, sentado en una silla de un cuarto vacío del infierno, miraba las notas que resbalaban por las líneas del pentagrama. Cada vez que intentaba ejecutar uno de sus endemoniados pasajes de orquesta, sus dedos se crispaban sobre un instrumento que cambiaba de forma. Eso sí, lo que tocaba, tenía un lejano parecido con su propia música.

## PLAGIO

Fernando abrió los ojos; a su lado dormía una mujer desconocida de piel blanquísima y cabello rojizo. Se levantó con rapidez a pesar del agotamiento y el dolor de cabeza; se cubrió con una bata azul marino. Salió sigiloso del dormitorio.

Bajó las escaleras. En la cocina encontró la cafetera caliente que preparó la noche anterior, antes de salir para el teatro. La bebida tenía un regusto amargo y acre; sin embargo, lo ayudó a despertar. Le dolía el cuerpo, no recordaba lo que había pasado con la pelirroja, ni siquiera cómo regresó a casa.

Los últimos seis meses fueron una vorágine. Los sucesos se precipitaron uno sobre otro sin que llegara nunca a asimilarlos por completo. Lo primero que recordaba era su angustia al recibir la comisión para componer la ópera. Había esperado durante años esta oportunidad y cayó en el peor momento de su vida. Su matrimonio se iba a pique después de siete años, durante los cuales creció como nunca. De ser un compositor desconocido, se convirtió en un artista de renombre. Desde entonces, los estrenos se encadenaron unos a otros y componía febrilmente. Angélica era escritora y resultó ser el motor que le faltaba: lo cuidaba, alimentaba y respetaba sus encierros. A cambio, lo único

que ella pedía era compartir su música. La escuchaba con devoción.

En ocasiones, ella lo instaba a que leyera alguno de sus cuentos y él evitaba el compromiso pretextando cansancio. En enero, Angélica comenzó a tomar distancia; de pronto, llegó el encargo por parte de la compañía de ópera del Teatro Colón. Fernando recibió el libreto y un cuantioso adelanto. La obra debía quedar terminada en dos meses para trabajarla con los cantantes: el estreno sería a mediados del verano. Ante la noticia, Angélica se mostró alegre, pero reservada. Al día siguiente, se encerró en su estudio y escribió el esqueleto de lo que sería una novela. Fernando, por su parte, pasó la mañana en blanco, leyendo y releendo el libreto de *La gema encendida* sin que ninguna idea musical le viniera a la cabeza. Así transcurrieron cinco días, durante los cuales ella trabajó con intensidad. Él tocaba tímidamente a la puerta. Las primeras veces, su mujer le preparó café; charlaban un poco y después, ella volvía a su trabajo. Él quedaba desconsolado.

Fernando puso un calendario sobre el piano y empezó a marcar con una cruz los días perdidos. Sentía una enorme frustración ante el bloqueo y deseaba conocer el secreto de su compañera que la hacía fluir en su quehacer creativo sin ninguna traba. Él empezó a padecer insomnio mientras Angélica caía rendida por las noches. Fernando ideó entonces un plan para sabotear su sueño: hacía ruidos, prendía la televisión en la madrugada y escuchaba música a un volumen muy alto. Ella no lo percibía; ni siquiera le afectaba, pues despertaba fresca y llena de bríos.

Al mirar una semana cubierta de cruces sobre el calendario, Fernando ardió de rabia. El tiempo se escapaba y se sentía como un campo yermo. Esa noche, entró a la recámara con un fólter lleno de papel pautado y encontró a

Angélica sumida en un sueño profundo. Sobre la mesa de noche había quedado un hilo desmadejado, alfileres y agujas con los que ella había cosido. Las camisas de frac lucían como desmayadas pendiendo del perchero. Además de talentosa, se hacía tiempo para arreglar la ropa de Fernando. No lo podía evitar, era demasiado perfecta. Entonces él halló una mejor forma de perturbar su descanso. Levantó las sábanas, dejando descubiertas sus piernas, tomó una aguja del costurero y presionó despacio sobre el muslo. La piel morena y fina se rompió y brotó una pequeña gota carmesí; ella no hizo movimiento alguno. Fernando prosiguió con el suplicio y, una vez que el muslo estuvo cubierto de puntos brillantes, lo envolvió con el papel pautado. Las marcas se acomodaron sobre el pentagrama y formaron una guía melódica. Se quedó absorto mirando el papel y pensó en la mejor manera de enlazarlas. Sorprendido, la escuchó murmurar entre sueños la melodía completa. Apuntó de prisa las notas que faltaban y regresó a su estudio. Al amanecer tenía escritas la obertura y un aria.

Noche tras noche *horadó* la piel de su esposa. Las melodías de amor brotaron del tormento de sus senos; las de pasión, de sus nalgas; las de fuerza, del vigor de sus brazos y piernas, y las de tristeza, pequeños granates que resbalaron sobre sus mejillas. Ahora Angélica amanecía cansada, pero no dejaba de animarlo. Insistía en que Fernando debía descansar e, incluso, le llevaba el desayuno a la cama. Él dormía hundido en un canto de sirenas hasta caer la tarde. Cerca del ocaso se alistaba para trabajar. Cruzaban pocas palabras. Se preguntaban uno al otro por su trabajo y ambos daban respuestas parcas:

—Fluye, va bien, el día que haya tiempo te muestro algo.

Fernando completó *La gema encendida* unos días antes del plazo y salió de prisa para esconder la ópera de

Angélica. Regresó satisfecho; había liquidado la hipoteca de la casa y tenía suficiente dinero para hacerle arreglos y comprar muebles. Al abrir la puerta, vio que su esposa le entregaba un paquete sellado al chofer. Ella durmió hasta la mañana siguiente y despertó decaída. A partir de ese instante se fue consumiendo de a poco. Ya hacía meses que no practicaban ni hacían el amor. Ambos estaban conscientes de que evitaron mostrarse sus obras terminadas. Fernando sabía que la había desecado y miraba sin piedad su cuerpo exangüe y marchito. Llegó a odiarla.

Angélica casi no hablaba, pero cuando lo hacía le preguntaba si la amaba, si valoraba lo que habían vivido juntos y extendía sus brazos sin obtener respuesta a su petición de cariño. Fernando contestaba con monosílabos fastidiosos; deseaba escapar. No la miraba a los ojos y evitaba tocarla. Quería que aquello acabara pronto. El médico que la atendió sólo encontró una anemia de grado peligroso y poca voluntad de la paciente para vivir. Él se mudó a otra recámara con el pretexto de no molestarla.

El montaje de la ópera le proporcionó a Fernando una puerta de escape. Salía por la madrugada y desaparecía hasta bien entrada la noche. La enfermera que contrató le daba un reporte rápido; en algunas ocasiones, él entreabría la puerta y miraba la fina figura amortajada bajo las sábanas. Un mes después Angélica murió. Su voluntad fue que la enterraran en la cripta familiar. Al menos en esto, Fernando le dio gusto.

La muerte de su mujer lo liberó y se entregó a la producción de su obra. Sintió que el cansancio se acumulaba. Había comenzado desde la muerte de Angélica, pero él lo atribuyó a la situación penosa y contradictoria que albergaba en su interior. Durante los ensayos empezó a olvidar ciertas ideas, recordaba con dificultad. Se le atoraron los

pensamientos, se aglomeraban en la cabeza y extraviaba las palabras para expresarlos. Día a día fue desapareciendo su magro vocabulario. Los vocablos ya no le significaban nada. Visitó a un neurólogo, quien le dijo que, ante la situación personal en que se encontraba, aquello era justificable. Los estudios de gabinete y las tomografías cerebrales fueron negativos. Fernando perdió con lentitud no sólo las expresiones, sino los recuerdos.

Ahora, en la cocina, con la boca amarga por el café y la emoción de la noche anterior, disfrutaba de las frases musicales que resonaban en su cabeza. Esa obra era la más importante de su vida y resultaba paradójico lograrla gracias al sacrificio de Angélica. Fue la primera vez que ella no asistió a un estreno; sin embargo, estuvo presente en cada nota y en cada melodía. Fernando se sintió poderoso; había robado su esencia.

La chica bajó las escaleras, se acercó a él y le dio un beso que Fernando recibió con repulsión. Ella le habló en otro idioma, tal vez ruso. El chofer entró y murmuró que había un paquete para él en su estudio. Fernando se disculpó con la mujer y salió de la cocina. Encontró sobre su mesa de trabajo un envoltorio con una tarjeta de Angélica. Le dio escalofrío recibir noticias de una muerte. Rasgó el papel amarillo y dentro halló un ejemplar de la novela de su mujer, *Espíritus robados*, con una carta.

Fernando:

Cuando me enamoré de ti, pensé que nos entendíamos y compartíamos el amor: sentir piedad por el otro, escucharnos y dialogar. Me dediqué a apoyar tu carrera, muchas veces a costa de mis intereses. Entonces, nació esta envidia y odio que fuiste alimentando hasta convertirme

en un desconocido. Me di cuenta de tu plan desde la primera noche; quería saber hasta donde llegarías. Sé que robaste la música de mi alma y de mi cuerpo.

Te debes sentir poderoso, pero eres ingenuo, todo sucedió con mi consentimiento. Mientras tú me desangraste para componer tu ópera, garantizaste mi trascendencia y alimentaste mi ansia de inmortalidad; yo robé tus palabras.

Entré de la mmmmmmanera sigilosa a la recámara y te huca hablar en sueños. Me llevé tws recuerdos, tuj experiencias y sut palabras. Por soe habrás notado que te cuesta trauiju expresarte, que nn sabes dónde encontrar las palabras para transmmmm tu pensmmnto. Todas eteten atrapadas en ewast novela, que cuenta la verdadqe historia de ntro pecado. Esper que auiún estés a tiempo paaar entenderyu. Estmos a mano. Mu guhijr cguhks, meñwoiu. tdo, sto lo acept pr amr, pr k t admirba. Ahra nda ns pde sprar. Ahra no t amo y kro vrte mwrto kmoh yo. Pro-----mwrto-----n-----vda,----mwrto-----kmo----ina-----rma-----ska-----kmo-----un-----arbl kn-----hngws-----drrybd----- y knsnte.

--pol-uytre-mkliu-n-vc----hhu--jew-----op0-----fin-  
mi--- ----jc---qwe---tngo---pra---ti-----vngnz---  
-----yah-----no-----t-----  
--admir---t-----po-----  
nda-----ns-----pde-----  
---sprar-----haroa-----  
-----no---t-----amo-----  
-----y-----jlo-----  
-----vulpyr-----mwrto-----  
kmoh-----a-----  
-----kjñlo-----mkl-----  
-----huñ-----ytñlñlr-----

-----grd-----  
-----mlb-----  
-----yhu-----  
---fl-----k-----  
-----ghh-----  
hhh-----  
-----b-----  
-----.

Angélica



## GOLPE INESPERADO

El Pantera se acercó a la puerta tras escuchar los golpes convenientes. Al abrir, miró a ambos lados de la calle. Afuera, el Gato sonreía.

—Ah que mi carnal, tan precavido —dijo.

—Déjate de chingaderas y enséñame qué traes —rugió el Pantera.

Desde hace años formaban una excelente mancuerna. El Pantera, de mediana estatura y fuerte, se enfrentaba a cualquier peligro, mientras el Gato, alto y esquelético, tomaba lo robado y corría con sus piernas largas. Jamás los pescaban y se mantenían con trabajos menores, pero esa vez fue diferente.

Caminaban por la calle cuando un hombre, vestido de pingüino, bajó del coche y entró al cajero automático. De pronto, el Pantera, al sentir el llamado de la jungla, decidió robar el auto. La puerta se encontraba sin seguro, arrancó los cables bajo el volante y encendió la máquina. El Gato lo esperaba a unas cuadras de distancia.

—¡Ay cabrón! ¿Qué hacemos con esta mercancía? —dijo el Gato al subirse.

—Lo pensé todito. Llévelo al deshuesadero con tu compadre.

El Pantera regresó a casa y esperó, con ansiedad, durante horas. Tenían que vender el coche rápido, completo o en partes.

Amalia, la mujer del Pantera, era gorda, envidiosa y sin hijos. Vivía reclamándole a su marido que se hallaran en condiciones tan deplorables. Casi no tenían muebles y guardaban sus pocos objetos de valor en un frigorífico descompuesto que cerraban con candado. Ella salía del baño cuando el Gato mostraba el botín que había rescatado del coche: un reproductor de CD, una caja de herramientas, un gato, un montón de discos compactos de música desconocida y una guitarra grande.

—Hay cosas para vender —dijo el Gato—, pero lo que son los discos y el guitarrón, va a estar difícil colocarlos. ¿No crees, mi Pantera?

—Tengo unos conocidos que cantan en un mariachi de Garibaldi —reviró el otro—. Tal vez alguno sepa qué chingados es esta madre.

Los mariachis dijeron que se trataba de un violonchelo, una especie de violín grande. Les dieron la dirección de una persona que arreglaba instrumentos musicales; tal vez podría tener algún valor, aunque lo más fácil era empeñarlo.

Regresaron noche a casa. Amalia estaba inquieta, quería saber el monto de lo robado. Siempre se mantenía alerta para arrancar los primeros pesos de las garras de su marido; además, pensaba que las primicias del botín le daban buena suerte. Ellos no le dijeron nada de la cantidad que habían obtenido en el deshuesadero, pero sí acerca del violinzote. Ella insistió en verlo. Lo sacaron de la funda, en una bolsa lateral encontraron un palo largo que dejaron en el suelo. Pulques, el perro, comenzó a mordisquearlo. Los tres miraban el instrumento con extrañeza.

—Brilla chido, parece un mueble. Y esto, ¿cómo se toca? —dijo Amalia.

—Sepa la madre, mañana lo cambiamos por unos pesitos y asunto arreglado —agregó el Gato.

«LÁGRIMAS SONORAS»

DE REBECA MATA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MAYO DE 2011 EN LOS TALLERES DE  
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO  
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,  
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES